

ESTUDIOS



ROMA - Michelangelo
- Chiesa di S. Pietro in Vincoli

Freud

y el Moisés de Miguel Angel

Por ROGELIO SINAN

Cuando estudiábamos en Roma, teníamos por costumbre visitar la Iglesia de San Pietro in vinctoli, impulsados no por la religiosidad que todo templo merece sino por emociones de índole artística. Ya en la suave penumbra de sus naves, nos acercábamos al monumento del recordado Papa Julio II, en cuyo centro se halla enclavada la estatua de Moisés debida al genio de Miguel Angel Buonarroti, de inefable memoria. En tusiasmados, en esa época, por extrañas doctrinas esotéricas, mirábamos la estatua y discutíamos sus líneas desde distintos ángulos, procurando descifrar el misterio de su creación, que estábamos seguros de descubrir mediante el minucioso análisis de particularidades que podían ser detalles como el del movimiento que parece iniciar la pierna izquierda, o la mirada profundamente penetrante clavada en el vacío, o esos raros destellos que en la frente del héroe dan la impresión de cuernecillos. Teníamos la segura convicción de que una atmósfera de inexplicable magia baña toda la estatua, y no encontrando modo de expresar la impresión que tal hechizo nos producía, lo atribuimos a un no se qué intangible que trascendía lo religioso. Convencidos al fin de que, en efecto, no se trataba de otra cosa sino del goce estético que debe producir toda obra de arte, nos despedíamos de la estatua, no sin acariciarle la robusta rodilla, recordando que, según dicen, Miguel Angel también se la palmeó alguna vez, al preguntarle a la estatua: *¿Per ché non parli?*

Releyendo el estudio de Freud sobre el Moisés, nos han venido a la mente todas aquellas reflexiones que hacíamos frente a la estatua y a ese mágico efluvio que parece bañarla. La memoria de esas meditaciones romanas nos han hecho fijar nuestra atención no solamente en el bellissimo estudio del profesor vienés sino en las páginas del "Exodo" y en diversas estampas de la estatua, lo que nos ha llevado a suponer que tanto Freud como los otros profesores que él cita se limitaron a concentrar su atención en el Capítulo 32 del libro bíblico citado, cosa que los condujo a basar todo su análisis sobre premisas falsas, error imperdonable que intentaremos mostrar enseguida.

Sin que ello indique la menor presunción de nuestra parte, procuraremos analizar la célebre obra del florentino desde un ángulo diametralmente opuesto para lo cual será preciso comparar antes las tres versiones de Moisés referidas: la de la Biblia, la de Miguel Angel y la de Freud.

Freud comienza por confesarnos que, siendo él profano en arte, lo que más le interesa es el contenido de la creación artística. Con tal premisa previa, ya sabemos de qué índole ha de ser el análisis. Lo que a Freud le interesa es el contenido; pero ¿qué es lo que de ese contenido le impresiona con especialidad? Lo importante para él es la intención que tuvo el artista al crear la obra de arte, es decir, la intuición con que el creador nos hace aprehensible su vivencia, lo cual no constituye sólo un proceso intelectual sino algo de una índole más compleja. La obra de arte "debe suscitar en nosotros nuevamente la misma situación psíquica que engendró en el artista la energía impulsadora de la creación".

Antes de exponernos su propia interpretación, Freud nos presenta valiosos comentarios que sobre el mismo asunto han expresado críticos tan ilustres como Grimm, Lübke, Spinger, Justi, Müntz, Thode, Burckhart, Wilson, Guillaume, Wolfflin, Steinemann y otros. Casi todos coinciden en la hipótesis de que Moisés aparece representado, en la estatua, en el momento de alzarse y pasar a la acción.

Veamos primero la posición que el jefe israelita tiene en la estatua de Miguel Angel. Moisés está sentado, de frente, el pie derecho apoyado sobre el suelo mientras afirma el otro sobre los dedos; la cabeza y la vista hacia la izquierda dan la impresión de que algo atrae su atención hacia ese lado. Las dos tablas de la Ley, al parecer inseguras y casi a punto de caerse, afirman uno de sus extremos sobre el borde del banco, sostenidas no solamente por el brazo sino asimismo por el dorso de la mano derecha cuyos dedos comban la barba en forma de guirnalda.

La tesis defendida por los diversos críticos citados por Freud trata de demostrar que el artista ha plasmado a Moisés en una escena reveladora de su carácter pasional. "Tal escena sería aquella en que a su descenso del Sinaí, donde ha recibido de manos de Dios las tablas de la Ley, advierte Moisés que los judíos han construido entre tanto un becerro de oro, en derredor del cual danzan jubilosos. Este cuadro es el que sus ojos contemplan y el que suscita en él los sentimientos que sus rasgos expresan y que habrán de impulsarle en el acto a obrar con energía. Miguel Angel ha elegido el instante de la última vacilación, de la calma precursora de la tempestad. En el instante inmediato, Moisés se erguirá violento —el pie derecho se alza ya del suelo—, arrojará de sus manos, quebrándolas, las tablas de la Ley, y descargará su ira sobre los apóstatas". (2)

Las hipótesis más convincentes para Freud son las expuestas por los críticos Justi y Knapp, pues ambas se refieren a la casi insegura posición de las tablas que hace pensarlas en vías de resbalar del asiento. Según ellos, en términos generales, Moisés baja, cansado, del Sinaí, tras una larga permanencia de cuarenta días y cuarenta noches. Al terminar la cuesta, ve a sus prosélitos adorando al becerro, y, desde luego, se conmociona de tal modo que necesita sentarse. Desalentado por lo que ya supone un fracaso de su lucha, deja laxos los miembros, y las tablas resbalan, caen al suelo, se quiebran.

Wolfflin nos habla de un "movimiento inhibido" y de un "instante de contención" anteriores a la violenta acción que significa ponerse bruscamente de pie.

No acepta Thode la conjetura de que las tablas puedan dar la impresión de resbalar, pues le parece que ellas están sujetas firmemente; pero tampoco acepta la hipótesis de que "la figura hubiera de despertar en el espectador la idea de que iba a levantarse en el acto para entregarse a una acción violenta". (3) Se basa sobre todo en el hecho de que el Moisés (sedente) pertenece al conjunto de un monumento funerario; la quietud que reclama por tal índole hace imposible el suponerle la más ligera intención de movimiento.

"De manera que —afirma Freud— este Moisés no debe querer levantarse, tiene que poder permanecer en calma, como las demás figuras del monumento". (4)

(No estamos muy seguros, pero creemos recordar que la estatua de Moisés no fué esculpida expresamente para el sepulcro de Julio II.)

"Pero, entonces —agrega Freud—, el Moisés que contemplamos no puede ser la representación del hombre poseído por la cólera, que, al descender del Sinaí, ve a su pueblo entregado a la apatía y arroja contra el suelo, quebrándolas, las tablas de la Ley". (5)

Efectivamente, según la hipótesis de Freud, Moisés no habrá de violentarse ni hará trizas las tablas de la Ley. Refrenando su apasionado impulso, el jefe israelita mirará al pueblo con desprecio, seguro de sí mismo, pues gracias a su acerada voluntad pudo evitar que las sagradas preseas resbalaran por tierra. "Esto le sirvió de advertencia. Pensó en su misión.... Su mano retrocedió y salvó las tablas.... En esta actitud permaneció ya quieto, y así lo eternizó Miguel Angel". (6)

Para Freud, se trata, pues, de un "movimiento reprimido". Prueba de ello es también la posición del pie izquierdo que casi marca la iniciación de un movimiento. Confirmaría esta hipótesis la actitud apacible del brazo izquierdo cuya mano acaricia el extremo de la barba, dándonos "la impresión de querer borrar la violencia con la que un momento antes la ha mesado la otra mano". (7)

Al parecer no muy seguro de su hipótesis, Freud procura ponerse en guardia, aceptando que ese Moisés tan "reprimido" no se parece al de la Biblia; pero enmienda la plana recordando que el "Exodo" y aun otros libros de la Biblia están plagados de incongruencias y contradicciones palmarias. Sin embargo, como esta afirmación resulta absurda con relación a nuestra estatua puesto que Miguel Angel no pudo conocer otro texto que el que ha llegado hasta nosotros, Freud se lava las manos y dice orondamente: "No sería raro que Miguel Angel se desviara del texto bíblico". (8)

Aun siendo admiradores y seguidores del psicoanálisis, tenemos que creer que en este caso, como en otros diversos, el genial profesor no concentró su atención debidamente, pues además afirma que la sedente estatua de Moisés no solamente se desvía por completo del texto bíblico sino que ni siquiera "intenta reproducir momento alguno determinado de la vida del héroe". (9)

Recordando el carácter francamente iracundo de Moisés, menciona Freud el incidente en que éste dió muerte a un egipcio, y no halla inconveniente en aceptar que, arrebatado por su ira, "en otra explosión de análogo afecto quebró contra el suelo las dos tablas que Dios mismo había escrito". (10) De todo ello deduce Freud que Miguel Angel cambió el carácter de Moisés, obligándolo a refrenar sus pasiones "como un reproche al difunto pontífice y una admonición a sí mismo, elevándose con tal crítica por encima de sus propias pasiones". (11)

Revisemos el "Exodo" para saber primero en qué razones de tipo bíblico basan sus análisis Freud y los profesores mencionados por él.

En el Capítulo 20 Jehová dicta a Moisés el Decálogo, de viva voz; pero, tal vez inseguro de la memoria del profeta, le da a Moisés dos tablas con los diez mandamientos. ("Exodo", 31-18).

Más adelante, en el Capítulo 32, se nos advierte que eran "tablas de piedra escritas con el dedo de Dios". Para que no haya duda alguna sobre este importantísimo detalle, se nos repite que eran "tablas escritas por ambos lados" y aún se insiste que "de una parte y de otra estaban escritas". Nadie podría, pues, olvidar que "las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios grabada sobre las tablas". (12)

No hay para qué agregar que tales tablas eran de inapreciable y portentoso valor. Si hoy existieran, serían un talismán de primera; pero, por desventura, Moisés, que era hombre furibundo, déjose dominar por su santa ira, y, arrojando las tablas "quebrólas al pie del monte". (13)

No paró allí su furia, pues enseguida tomó el becerro de oro, lo echó al fuego, moliólo hasta reducirlo a polvo, lo esparció sobre el agua,

e hizo beber de esa agua a los israelitas. Ni aún humillando a los ídólatras logró aplacar su cólera, pues llamó a los levitas y ordenó tal matanza que "cayeron del pueblo en aquel día como tres mil hombres". (14)

Esto nos da una idea de la iracundia del héroe. No menos parecido dicen que era el mal geniado temperamento de Miguel Angel. A pesar del respeto que él le tenía al Pontífice Julio II, le arrojó un día un martillo desde un andamio por haberse colado en la Capilla Sixtina contra la orden expresa del gran artista.

Resulta, pues, difícil imaginarse a Miguel Angel frenando el genio de Moisés, siendo él mismo incapaz de frenar el suyo, sobre todo cuando seguramente lo que más lo aproximaba al profeta era esa semejanza de temperamentos.

Freud, sin embargo, afirma que "Moisés no se alzaría ya airado, ni arrojará lejos de sí las tablas". Puede que así resulte, en efecto, pero no por las mismas razones que arguye Freud sino por otras muy diferentes.

Nuestra total divergencia con Freud y con los otros intérpretes que él mismo cita consiste en que ellos se refieren a las tablas de piedra que Dios le dió a Moisés, tablas escritas por ambos lados con el dedo de Dios. Esas dos tablas sí las quebró Moisés, por desventura para el género humano. Las tablas que el Moisés de la estatua tiene en su mano son otras como también es otra la escena en que, con ellas, aparece esculpido el furibundo profeta.

Revisemos el Capítulo 34 del "Exodo":

"Y Jehová dijo a Moisés: Alísate dos tablas de piedra como las primeras, y escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras que quebraste".

Fácil le hubiera sido a Dios crear nuevamente un par de tablas para Moisés, pero no quiso hacerlo, porque aunque no lo dice la Sagrada Escritura, debió estar resentido debido al sacrilegio de Moisés. De manera que el hombre no tuvo más remedio que someterse a la ruda tarea de alisar dos piedras, cosa que por lo menos lo hizo sudar un par de días.

"Y Moisés alisó dos tablas de piedra como las primeras; y levantóse por la mañana, y subió al monte de Siná, como le mandó Jehová, y llevó en su mano las dos tablas de piedra".

Humillado y cansado, Moisés esperaba por lo menos que Dios cumpliera lo referente a la escritura, ya que le dijo que escribiría "sobre esas nuevas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras".

Pero seguramente Dios seguía resentido, pues ni siquiera quiso escribir las nuevas tablas con su dedo.

“Y Jehová dijo a Moisés escribe tú estas palabras; porque conforme a estas palabras he hecho la alianza contigo y con Israel.

“Y él estuvo allí con Jehová cuarenta días y cuarenta noches: no comió pan, ni bebió agua; y escribió en tablas las palabras de la alianza, las diez palabras.

“Y aconteció, que descendiendo Moisés del monte Sinaí con las dos tablas del testimonio de su mano, mientras descendía del monte, no sabía él que la tez de su rostro resplandecía, después que hubo con él hablado.

“Y miró Aarón y todos los hijos de Israel a Moisés, y he aquí que la tez de su rostro era resplandeciente; y tuvieron miedo de llegarse a él.

“Y llámolos Moisés; y Aarón y todos los príncipes de la congregación volvieron a él y él les habló.

“Y después se llegaron todos los hijos de Israel, a los cuales mandó todas las cosas que Jehová había dicho en el monte Sinaí.

“Y cuando hubo acabado Moisés de hablar con ellos, puso un velo sobre su rostro.

“Y cuando venía Moisés delante de Jehová para hablar con él, quitábase el velo hasta que salía; y saliendo, hablaba con los hijos de Israel lo que le era mandado.

“Y veían los hijos de Israel el rostro de Moisés, que la tez de su rostro era resplandeciente; y volvía Moisés a poner el velo sobre su rostro, hasta que entraba a hablar con él”. (15)

No hace falta agregar que este pasaje bíblico fue el que inspiró el Moisés de Miguel Angel.

Hay dos detalles de la estatua en los que Freud no concentró su atención debidamente; la mirada penetrante del héroe y esos raros destellos que cual dos cuernecillos diabólicos asoman en su frente. En esos dos detalles sintetizó Miguel Angel el prodigioso resplandor de la tez. Tan sobrenatural e intenso debió haber sido el resplandor que, tanto Aarón como los otros hijos de Israel “tuvieron miedo de llegarse a él”.

Es lógico pensar que a esas alturas Moisés ya no tenía necesidad de alzarse airado ni arrojar lejos de sí las dos tablas, puesto que había logrado la iniciación definitiva y el dominio completo sobre su pueblo. Siendo ya un iniciado tenía en sí, en torno a sí, ese mágico resplandor, tan intenso, que tenía que cubrirse con un velo para no deslumbrar a sus prosélitos.

Lo que sí es muy probable es que Moisés, ensimismado después de hablar con Dios, se haya sentado casi abstraído, sin darse cuenta de que emanaba de él ese extraño resplandor anormal. En ese instante sintió el ruido de los que murmuraban sin atreverse a aproximar, pues tenían miedo de llegarse a él. Sin comprender la causa de que todos lo desobedecieron a pesar de él llamarlos, la furia lo arrebató de nuevo. En ese instante las tablas iban ya a resbalar, y, recordando que él tuvo que alisarlas y que por haber roto las otras se conquistó el enojo de Dios, logra frenar su impulso, se reprime, y éste es precisamente el instante en que el genio inmortal de Miguel Angel; que era también un iniciado, supo plasmarlo para la eternidad.

N O T A S

Las Notas numeradas del (1) al (11) se refieren a pasajes del ensayo de Freud sobre el Moisés de Miguel Angel. Cf. Sigmund Freud, OBRAS COMPLETAS, Biblioteca Nueva.

Las Notas numeradas del (12) al (15) se refieren a pasajes del "Exodo", capítulos 31, 32 y 34.